

## AUTOBIOGRAFÍA DE DOÑA JOSEFA ACEVEDO DE GÓMEZ

*Mors ultima lienea rerum est.*<sup>1</sup>

(HORACIO)

¡He muerto! No me toca á mí hablar de mis postreros sufrimientos ni de las últimas disposiciones de mi espíritu. Es seguro que he tenido temores, tristeza, esperanzas y frecuentes distracciones, si he muerto de una enfermedad y con las agonías ordinarias que señalan estos últimos combates entre la muerte que reclama su presa y la naturaleza que quiere conservar su obra. Mi alma ha pasado por crueles pruebas en algunos momentos, pues no siempre está sometida á la parte física del hombre y casi siempre la dominan estas impresiones fuertes de los sentidos que en las postreras horas de la vida se van debilitando gradualmente. Pero ya descanso en paz: es decir, que mi cuerpo marcha rápidamente á su entera disolución, sin que yo sienta los dolores y angustias que sentía cuando el mal se hacía con lentitud. En cuanto á mi alma ó parte espiritual, nada puedo decir, porque el secreto de la tumba es inviolable. Tampoco diré nada de la disposición de ánimo con que he recibido la muerte. Los terrores ó el valor, la conformidad ó la angustia de estas horas tremendas nacen casi siempre de causas puramente casuales, relacionadas con la edad, la educación

---

<sup>1</sup> Tomado de las *Epístolas* de Horacio, Libro I, Epístola XVI, verso 79. Hay un error en la transcripción, en la edición de León Gómez aparece “lienea” en lugar de “línea”.

y genio del paciente y combinadas de mil maneras. La agonía de un moribundo no es termómetro para juzgar de su conciencia, su fe, su fortaleza y su destino eterno.

Se me preguntará porqué escribo yo misma mi necrología. Voy á decirlo. Porque no quiero que se escriban con respecto á mi persona mentiras de ninguna clase; porque creo conocerme mejor que nadie me conoce, y espero poder decir francamente la verdad; porque quiero rogar á los que me amen y á los que me aborrezcan que no se ocupen de mí, puesto que ni los unos tienen derecho para prestarme virtudes de que he carecido, ni los otros deben acriminar faltas y errores que yo misma confieso y de que pido un perdón humilde á mis contemporáneos y á las generaciones futuras, si mi obscuro nombre llegar á ellas. Por último, quiero que se me conozca como he sido, y creo que no haré mi retrato como han hecho el suyo todos los que se han encargado de pintarse para la posteridad.

Nací de los mejores padres posibles; recibí de mi padre lo que se llama simplemente buena crianza y mil deliciosas caricias; de mi madre querida, muchas lecciones de moral, buenos ejemplos, la educación mujeril necesaria para gobernar en una casa con economía, aseo y orden, las más tocantes advertencias é instrucciones sobre nuestra santa Religión, y mil preceptos, consejos y amonestaciones que frecuentemente he olvidado en la hora precisa de ponerlos en práctica. El Cielo me dotó de sensibilidad, alguna memoria, regular inteligencia, espíritu indulgente y amor á mi familia. Pero en compensación fui caprichosa; me faltó absolutamente la energía del carácter y la fuerza de alma; me dominaban los deseos de hacerme amar de todos; tenía la más necia inclinación á creerme sensible más que otros; mucha irresolución, grande pereza de cuerpo y de espíritu, facilidad para impresionarme y por consiguiente para irritarme y aplacarme, y la más indisculpable indiscreción. El amor propio suficiente para gustar de la lisonja, pero no obstante para conducirme bien en el mundo. Mucha credulidad en mi primera juventud y poquísima prudencia hasta el fin de mi vida. A esto se agregará que no sabía prever; que muchas veces me arrastraba la antipatía, y que no sentía en mi alma esta ciega fe y esta inclinación á la piedad, que son distintivos casi infalibles de las mujeres que han recibido alguna educación. Hoy pudiera yo decir si esto último ha sido un bien ó un mal, pero no lo diré. Para que tenga alguna más perfección este retrato daré una pincelada á mi parte física. Si yo escribiera aquí un artículo jocoso, me llegaba la ocasión de aguzar mi ingenuo por este lado; pero hablo de serio y quiero por guía la verdad. Fui pequeña de cuerpo y mal proporcionada; ojos sin expresión; frente blanca y espaciosa; boca desairada; pelo castaño y lacio; tez blanca y rosada; brazos cortos y bien hechos; cuello blanco y de graciosa forma; manos y pies pequeños pero feos; dientes blancos, grandes, desiguales y de mala calidad, pues á los treinta y tres años se habían caído casi todos; talle corto y grueso, y en fin, un todo que sin ser *mu*y fea, no llamaba la atención de nadie ni podía procurar á mis oídos las dulzuras de la galantería. Mis modales en la juventud fueron agrestes (porque era sentimental sin ser bella, y esto

me hacía huraña y tímida); después carecieron de gracia, y ya en la edad madura fuertes corteses y amables. Hé aquí más de lo necesario para hacerme conocer en cuerpo y alma. Apelo á mis contemporáneos sobre la verdad del retrato. Si he omitido algo, es porque no ofrecí decirlo todo; pero lo dicho es cierto.

Leí novelas de amor en mi juventud, y creí en el ridículo amor de las novelas. Deseaba ser heroína; pero mi genio tímido, mis irresoluciones y mi mala figura me preservaron de aquella desgracia. Amaba la poesía y todas las ficciones de la imaginación, y á los doce años, sin saber escribir todavía, componía versos, casi todos lúgubres. Mi padre elogiaba mis poesías porque me amaba con predilección; pero después se burlaba de ellas en mi presencia, lo que necesariamente producía un mal efecto. Mi hermano mayor, joven de juicio, grandes talentos y poeta él mismo, las parodiaba haciendo entrar en ellas algunos rasgos de mi persona. Esto me humillaba, me causaba mal humor y hacia más bruscos mis modales. Mi madre era severa en los ramos de educación moral y doméstica que estaban á su cargo, y yo lloraba por todo. Esto procuró una equivocación que se verá luégo.

La adversidad me separó muy pronto de mi adorado padre, que emigró á las montañas á la aproximación del Ejército pacificador. Entonces mi sensibilidad se avivó. Empecé á llorar por él, por las desgracias de la Patria y por la muerte de tantos amigos y deudos de mi padre, que diariamente eran arrastrados al patíbulo. Escribía sobre estos sucesos rasgos sentimentales y elegías profundamente tristes; llevaba una especie de diario de las tiranías de los expedicionarios, y las pintaba con todos sus horrores. A mi madre no le gustaba aquello. Enérgica y positiva en toda la extensión de la palabra, aunque buena y sensible, no aprobaba la ostentación del sentimiento. Sus advertencias eran suaves, pero me mortificaban. Yo busqué pues aplausos extraños. Tenía diez y seis años cuando hice la pintura lamentable de una emigración. Estaba contenta con mi obra, y se la mostré á un doctor que entraba á la casa con alguna franqueza. La leyó y me dijo al devolvérmela: “Pepita, usted va á ser un asombro.” Esta frase me llenó de satisfacción y orgullo y me decidió por la literatura. Yo no podía imaginar que diez años después mi elogiador sería miembro del Congreso y que había de hallarse tan escaso de luces y de ideas, que durante la reunión no se le oyó desplegar sus labios una sola vez.

Pero de causas aún más leves han nacido en ocasiones efectos más importantes que mi gusto por la literatura y mis atrevidas aspiraciones en este género. Entretanto mi madre manifestaba que prefería á mis hermanos, y á pesar de su deseo de parecer imparcial, yo veía esta preferencia, que no me afligía, porque no era envidiosa, pero que me arraigaba más y más en mis inclinaciones solitarias y mi genio brusco. Era tal mi convicción sobre esto, que un día que mi madre me regalo un pulido acerico, yo le dije que me mostrara el que había hecho para Eusebia, y cuando me dijo que sólo había hecho uno para mí, esta distinción inesperada me enterneció y lloré. Mi madre no comprendió el motivo de mi llanto á pesar de su mucho espíritu y perspi-

caja, y me dijo con enfado: “Por todo lloras: no hay medio contigo; ni por bien ni por mal dejas esa insufrible lloradera.” Esta es la equivocación de que he hablado arriba. ¡Dios sabe cuánto habrá influido en mi suerte!

Yo deseaba ser amada y me figuraba que un joven á quien veía por antejo me era muy querido; pero si él mudaba de vestido, ya yo no lo conocía, lo que prueba que mi imaginación, extraviada por la lectura de novelas, era la que me hacía anhelar por sentimientos prematuros. Un joven de talentos me habló el lenguaje, para mí tan nuevo, de la galantería; pero era muy inconstante, y no se fijó en mí. Sufrí pesares fantásticos y escribí versos desesperados que por fortuna nadie vio. Tal vez hubiera manifestado coquetería sin la humillante idea que tenía de mí figura, que en mi opinión debía resaltar cerca de mi hermana mayor, que era muy bella. Me preservó también de muchos errores la bondad de mi única amiga, que lo era mi hermana Eusebia, quien siempre me repetía este pensamiento de Zoroastro: “*Cuando dudes si una acción es buena ó mala, absténte de ella.*” Tenía yo diez y nueve años cuando volvió á suspirar cerca de mí el joven inconstante de que he hablado. Me agradaba, pero tuvo el capricho de hacer del celoso, y yo el de no perdonarle jamás una desconfianza que en mi opinión era el mayor de los agravios. En aquella sazón un primo hermano de mi padre, hombre de talento, conocido mérito y grandes esperanzas me propuso casamiento. Aunque diez y ocho años mayor que yo y padre de un chiquillo que debía vivir con nosotros, yo acepté. Ni él ni yo teníamos amor. El me estimaba y deseaba establecerse; yo agradecí su franqueza, correspondía su estimación y quería ser jefe de familia.

No haré el retrato de mi esposo porque he escrito su biografía; sólo diré que cualesquiera que hayan sido sus virtudes y defectos, yo lo amaba de veras dos meses después de casada. No solamente fui complaciente sino humilde y sumisa con él. Su superioridad me imponía, y él hacía de ella un noble uso, tratando de instruirme y de hacer de mí una compañera inteligente y juiciosa, y de encontrar en mi sociedad y compañía el apoyo, consejo y consuelo que el hombre necesita para recorrer la espinosa carrera de la vida. Correspondí en cuanto pude á sus deseos y lo aprecié con toda la fuerza de mi alma. ¡Qué feliz era yo entonces!

Después de ocho años de unión, cuando habíamos llorado juntos sobre la tumba de mi primogénita y mecido la cuna de nuestra segunda hija; cuando el amor de su hijo natural, á quien yo educaba con afecto maternal, estrechaba el vínculo de nuestra unión, y cuando la proscripción de un déspota ilustraba la vida pública de mi esposo, el viento devorador del infortunio sopló sobre nosotros. Mi corazón se había despedazado al separarme de mi esposo....

El Cielo nos bendijo dándonos otra hija que ha sido virtuosa como su hermana. Once años viví en la casa de mi esposo, llenando con honor el lugar en que Dios me había colocado. El orden, la economía, la hospitalidad, el trabajo, la misericordia y la justicia se practicaban hasta donde yo podía en nuestra casa, conforme á las lec-

ciones de mi padre, mi madre y mi esposo. Ni es esto decir que no hubiera algunos nublados, algunas fallas ligeras, algunos pesares y alternativas; pero todo esto era pasajero, y yo me gloríe de haber sido en aquella época lo que debía ser según mis fuerzas. El cuidado de la propiedad de mi esposo, la crianza y la educación de mis hijas, la formación de ese verjel que hoy produce tan ricos frutos, la vigilancia sobre toda la familia y la beneficencia con los pobres ocuparon casi todos mis días. Por la noche leía y escribía algo de las obritas que he publicado después.

Poco después se casó mi hija mayor, y con ella hice un viaje á Inglaterra. De regreso fui maestra de escuela, y al recibir de mi esposo á mi hija soltera, dejé aquel oficio y me establecí en la capital, porque la pensión que él le pasaba á su hija bastaba para la subsistencia de ambas, ayudando con el producto del trabajo que yo tenía de instruir en las primeras letras tres niñas que conservé á mi lado.

Mi esposo falleció alejado de mí pero estimándome, y me honró hasta el último día con el manejo de sus interés y con el encargo de que escribiese su biografía. Me nombró y albacea y me dejó una pensión vitalicia suficiente para mi subsistencia.

En el año 1850 se casó mi hija Rosa, y he vivido á su lado hasta el día en que ella me ha perdido, que será siempre el más amargo de su vida, porque sus virtudes y las de su esposo no llenan el vacío que yo he dejado.

Mis gustos fueron simples durante toda mi vida. No tuve vanidad por mi figura, porque se me hizo ver más fea de lo que era en efecto. Mi entendimiento, un poco cultivado por el estudio de la poesía, la historia y la literatura y por las conversaciones y lecciones de mi esposo, me adquirió la fama de talento. Confieso que no la he merecido, aunque me creo con más luces que alguna docena de mis contemporáneas que fueran educadas poco más ó menos como yo; pero no tuvieron mi genio ni la dicha de tener unos padres y un esposo como los míos. De resto, yo he sido torpe para las matemáticas, incapaz de aprender las artes de agrado y los modales de la sociedad distinguida. Nada sé, fué de componer algunos versos; y aunque he escrito algo, es poco lo que creo digno de aplauso. Para los oficios domésticos he sido desidiosa, aunque es cierto que he procurado desempeñarlos cumplidamente para dar gusto y hacerme querer. Como ama de casa he tenido temporadas de ser fatal, y otras buenas y que me honran.

He escrito un tratado sobre los deberes de los casados, que me parece bueno; cuatro biografías (fué de esta), en que he procurado honrar con la verdad; un tratado de *Economía Doméstica*, apenas pasable; algunas poesías buenas; muchas medianas y muchas más detestables, pero ninguna inmoral. He trabajado varios artículos de periódicos que no enumero, pero que juzgados obra de otros escritores, han sido aplaudidos por hombres de mérito, causándome esto tal placer, que casi he dejado el incógnito para recoger mis laureles. Escribí *Los quince días de Alberto en Madrid*, para N. Gómez que hoy me parece que no me estima; un tratado sobre *La Beneficencia*, dedicado á mi querido hermano José; los *Cuadros sobre la vida*

*privada*, dedicados al mismo; muchos romances y un drama que están aún inéditos y cuyo mérito debe ser poco. Tengo otros muchos manuscritos, como *El Desagravio*, *El Panorama*, una pieza dramática sobre un asunto quiteño, las *Meditaciones sobre la Pasión* y *La Pola*. Pero creo que todo irá al fuego<sup>2</sup>.

Para reconocer mis obras é impedir que se me atribuyan otras ó se me nieguen éstas, he escrito también este artículo. Al señor Obaldía le regalé un manuscrito sobre la expulsión de los jesuitas.

Ruego á mis amigos que no escriban nada sobre mí, y particularmente que no digan de mí lo que se dice de todas: que fui buena y perfecta en todo. Causé pesares á mi madre y mi esposo, apartándome de sus máximas, instrucciones y consejo, luego no fui esposa ni hija modelo. Creo haber sido buena madre, porque he procurado inculcar á mis hijas buenos principios, amar sus deberes y modestia. Si he cometido malas acciones, jamás las he escandalizado con ellas, y he procurado practicar en su presencia, las virtudes cristianas de tolerancia, beneficencia y respeto á los desgraciados. He sido buena hermana, porque he procurado complacer á los míos, mantener la paz entre ellos, y les he mostrado arrepentimiento y humildad por las faltas que he cometido, no contra ellos, sino contra el respetable apellido que llevamos. He sido buena amiga (y de esto podría gloriarme), á pesar de que he sufrido la mayor de las ingratitudes posibles, y he bajado al sepulcro sin adivinar porqué me ultrajaron los que amé como amigos.

No he sido muy buena cristiana, porque el cristianismo que enseñó Jesucristo pide una virtud celestial, y el cristianismo ordinario una virtud humana de que no me lisonjeo, porque he sido muy débil y he cometido mil faltas y errores; pero he hecho por ser humana y tolerante más de lo que se usa comúnmente en el mundo, y jamás he pensado con indiferencia en la desgracia ajena. No obstante, he dejado de dar cuando podía, y aunque me arrepentía, era ya tarde. No he sido prudente, y me reprendo esto muy amargamente. No sé si al expirar habré sabido perdonar francamente; pero acaso será por un movimiento de rencor por lo que llevo conmigo al sepulcro papales que miro como puñales con que se me ha herido.

En cuanto á la parte de prácticas de la religión, no he ejecutado sino lo que manda la Iglesia. He confesado y comulgado, he oído misa, he enseñado la doctrina, he explicado el Evangelio, he oído pocos sermones, he rezado el rosario con la familia y he procurado extender la devoción á la Madre de los afligidos. Si esto es poco, yo no tengo la culpa. He pedido á Dios más fe y más devoción.

No sé si habré sido buena ó mala ciudadana, porque he amado y profesado los principios liberales. Las leyes reformadoras de esta última época no me han gustado todas; y entre las que me desagradaron, unas fue por la forma y otras por la subs-

---

2 Entre los papeles de la señora Acevedo no se encontraron los manuscritos de que habla (nota de Adolfo León Gómez).

tancia. Las que me parecieron buenas son en mi concepto deficientes, y esto tal vez consiste en que es más fácil criticar que legislar. . . . En fin, como no sé de qué modo me tocaba ser buena ciudadana, me contento con saber que dejo dos hijas que se han casado con hombres honrados y que criarán hijos útiles á la Patria.

El ejemplo de mi esposo como Magistrado; de mí cuñado Neira como valiente; de mi primo Vargas Tejada como sabio; de mi hermano José como laborioso, honrado y prudente; de mi virtuoso padre como patriota; de mi amado hermano Alfonso como vigilador de la moral y las rentas, pueden formar un buen ciudadano.

Felizmente en mi familia encontrarán mis descendientes muy dignos modelos. Esta es una vanidad que no he podido arrancar de mi corazón. Espero pues que mis nietos y mi amado hijo adoptivo Joaquín Gómez harán por honrar mi memoria y la de mi esposo con sus virtudes. No tengo más que decir. Algunos dirán que está diminuta, parcial ó o mentirosa esta noticia biográfica; otros dirán que no debí escribirla; otros, que dije mucho. Yo creo que he dicho lo conveniente. Si se me atribuyen pasiones, vicios ó virtudes que no he tenido, nada podré objetar, porque los muertos no hablan y porque es bien posible que yo me haya equivocado ó que el amor propio, tan sutil como la luz, haya penetrado por alguna pequeña grieta hasta el fondo de mi sepulcro.

¡Que Dios consuele á aquellos de mi familia que me lloran! ¡Que los pobres que he socorrido oren por el descanso de mi alma y hallen quien alivie siempre sus necesidades! ¡Que nadie imite mis muchos desaciertos! ¡Que mis amigos rieguen una lágrima ó una flor sobre mi tumba! ¡Que Amalia y Rosita, Ferreira y León se acuerden de mí con amor! ¡Que ningún poeta y ningún escritor me recuerden! ¡Que me perdonen aquellos á quienes hubiere ofendido! En fin, ¡que mi alma descanse en paz en el seno de su Criador omnipotente!

(Murió á los pocos días de escribir esto, después de haber sufrido con resignación heroica los agudos dolores de su enfermedad).<sup>3</sup>

---

3 Esta aclaración muy probablemente la hace Adolfo León Gómez, cuando publica el texto en 1910.